

Murcia, 16 octubre 1980

Mi querido amigo:

Me ha alegrado mucho saber que te ha gustado mi libro, *La Tribada Falsaria*. Pero todavía me ha contentado más conocer que *Escuela de Mandarines* te ha parecido una obra mejor. Y así es, en efecto.

*La Tribada Falsaria* es, a mi juicio, una parcela muy intensa, y *Escuela de Mandarines*, un mundo muy extenso. No quiero sostener, sin embargo, con esto, que *Escuela de Mandarines* resulte menos intensa que *La Tribada Falsaria*, pero sí que el escritor se detiene, allí, menos en mostrar la intensidad de la cosa, limitándose a señalarla.

En *La Tribada Falsaria* he pretendido hacer un tipo de novela que llamo, en principio, teológica.

Si el escritor novela sin extrañarse del objeto descrito, hace novela rosa, que no se caracteriza por tratar de amores triviales, sino por aceptar lo convencional como realidad; aceptar lo convencional como realidad es una actitud que puede denominarse hortera.

Cuando el escritor se extraña, comienza a trazar literatura. A un primer grado de extrañamiento corresponde la novela que titularíamos sociológica, y que englobaría aquella manera de narrar que se ha llamado psicológica. A esta clase de novela pertenecerían autores como Mateo Alemán, Cervantes, Flaubert, y, en general, la gran novela, desde el siglo XVI al siglo XIX.

A un segundo grado de extrañamiento correspondería la novela que yo llamo antropológica, representada, tal vez, por Proust, Gabriel Miró, y, a lo mejor, el propio Kafka.

Pues bien: a un tercer grado de extrañamiento, o extrañamiento hasta todo límite, correspondería la novela que quiero llamar teológica. Consiste este extrañamiento en el método de contemplar lo cotidiano con pasmo, no ya con asombro, y verlo, también

metódicamente, desde la total ultimidad. ¿Cabe, acaso, examinar el hecho de la burguesía actual de otra manera? Y, al decir burguesía, no me refiero a una clase social, sino al nombre cualitativo de la sociedad presente.

Alguien dijo que en *Escuela de Mandarines* se exponía «lo insólito de lo cotidiano». Por eso, tal libro es una novela sociológica.

En *La Tríbada Falsaria* he querido exponer lo angustioso, lo terrible, lo pasmoso de lo cotidiano. En este sentido, tal libro es una novela teológica. Lo cotidiano es lo teológico.

Hacer novela teológica no es partir de una postura religiosa a priori, sino devenir a la religiosidad desde el modo de ver el mundo, que es, en sí, un hecho teológico, y debe ser desvelado y mostrado como tal. Este modo de ver el mundo es, por lo demás, un método, e implica una actitud anterior del escritor.

En un tratado teórico de teología, se dice: «lo teológico es esto»; y se expone lo llamado teológico según cierta disciplina o filosofía. En la novela teológica, por el contrario, se muestra el hecho, se le hace comparecer, y luego se concluye: «esto, que aquí veis, es lo teológico». En el tratado teológico reflexivo, lo denominado teológico es abstracción y nombre a priori; en la novela teológica, suceso, vida, nombre que se encuentra a posteriori; allí se nombra lo teológico, aquí se señala.

En *La Tríbada Falsaria* describo, por ejemplo, a Damiana, tendida en la playa, Digo: «Tiene al cielo la cara, los ojos cerrados, el ríus gravemente concentrado, en expresión de invocar un advenimiento. Ocurren minutos, largos minutos, y aquella cosa, tocada de braguitas y sostén azules, permanece negligida e inmóvil, en mimesis de lo transido; diríase que está incubando la porción de delicia que corresponde a su apariencia de disfrutadora». Esto, así revelado, es lo teológico.

La religiosidad que emerge en esta mostración es una religiosidad «aparecida en la mostración misma», no puesta; se trata, pues, de una desvelación.

Tal desvelación surge, a veces, en expresiones sumamente sucintas, como la siguiente: «Romi, el cirujano, me ofreció una copa de licor con una guinda; era rojo el licor, y verde, la guinda» (Cap. IV-1). O en esta otra: «No necesaria una vida futura para Damiana; tampoco, una vida actual grave» —explicó una vez la palomita a cierto Wilhelm Heintel, chapurreando el idioma alemán. Después cohabitaron de seis maneras,

bien recordadas por la concubitada». Ese «bien recordadas por la concubitada» extraña al hecho, y lo hace teológico, trae la angustia y el pasmo.

No sé si en la novela habré logrado vivificar lo que aquí expongo reflexivamente. Muchas personas sencillas han sentido angustia de leer mi libro, incluso opresión; ello me ha confortado, pues quiere decir que, en algún sentido, no he escrito en balde.

Otras opiniones sobre *La Tribada Falsaria*, algunas debidas a mi reflexión, y otras al pensamiento intuitivo de gente no profesional, son como sigue:

Es un vehemente raciocinio; sin embargo no resulta intelectual, sino vital. Se entiende aquí por vital lo que puede ser interpretado de mil maneras. Se trata de un libro que ofrece inacabables interpretaciones.

Es un implacable y profundo análisis de la conciencia humana, como fenómeno.

En la morada creada por el estilo del autor, aparecen manifestaciones del mundo que nos eran desconocidas.

Desde un hecho trivial, se enjuicia y procesa el mundo. Por eso, la obra no concluye: se corta.

Es una dialéctica.

El autor parece iluminado por el mal.

Es la pura descripción de un pasmo; allí nada hay inventado.

Es la novela que haría quien tuviera el talante de Soren Kierkegaard.

Algunas páginas, muchas, parecen descripciones de Dante; otras exhiben el raciocinio implacable e interminable de Kafka; y otras el éxtasis de Gabriel Miró.

Todo cuanto te he dicho, no tiene por objeto elogiar mi libro, sino presentártelo y pedirte que me ayudes con tu opinión, ya oral o ya escrita. Si es oral, yo la transcribiré y recogeré.

Sabes el respeto y el afecto que te tengo. He estado un poco angustiado, pensando si mi libro te gustaría o no te gustaría, pues, después de cuanto has dicho, y dices, sobre *Escuela de Mandarines*, estoy obligado a ofrecerte buenos libros.

Recibe un abrazo de tu buen amigo.

Miguel Espinosa